

vănThanh Nguyễn, SVD

¿Qué dice la Biblia sobre extranjeros, migrantes y refugiados?

evd



**¿Qué dice la Biblia
sobre extranjeros,
migrantes y refugiados?**

¿Qué dice la Biblia sobre extranjeros, migrantes y refugiados?

vănThanh Nguyễn, SVD

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Esta edición ha contado con una subvención
de la Society of the Divine Word (SVD).

Título original: *What Does the Bible Say About... Strangers,
Migrants, and Refugees*

Traducción: José Pérez Escobar

© vãnThanh Nguyễn, SVD, 2022

© Editorial Verbo Divino, 2022

Diseño y maquetación: Equipo diseño EVD
Impresión: Ulzama Digital, Huarte (Navarra)
Impreso en España – *Printed in Spain*

Depósito legal: NA 396-2022
ISBN: 978-84-9073-778-1
ISBN Ebook: 978-84-9073-779-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

Contenido

En camino...	9
Introducción.....	13
Capítulo 1	
«La vida es solo una estancia».....	17
Capítulo 2	
La tragedia de la trata de personas.....	27
Capítulo 3	
La situación de los refugiados y solicitantes de asilo.....	37
Capítulo 4	
Víctimas de la guerra y la violencia.....	49
Capítulo 5	
Los peligros del cambio climático y las catástrofes naturales.....	61
Capítulo 6	
Extranjeros en tierra extranjera: la búsqueda del hogar.....	73
Capítulo 7	
Las angustiosas pruebas de las mujeres y los niños.....	83
Capítulo 8	
¿Las buenas vallas hacen buenos vecinos?.....	95
Capítulo 9	
Migración legal e ilegal: ¿qué diferencia hay?.....	107
Capítulo 10	
Los migrantes como misioneros.....	121
Epílogo.....	133

En camino...

«Mi padre era un migrante...» Este reconocimiento y esta toma de conciencia la debe repetir y profesar el israelita creyente cada vez que se presenta ante Dios, porque la tierra le ha dado los medios para vivir (según Dt 26,5). Precisamente el momento en que pensaba haber llegado a su destino definitivo, al final de su larga trayectoria, debe recordar lo incierto de su estado vital. Hoy en día, estar presente en un lugar propio, fijo y seguro no es un dato original, sino que es un resultado tardío en el desarrollo humano, y lo debemos recordar justamente en el momento de reconocer que la vida es buena, que se puede vivir en este lugar.

Es una realidad no solo del pueblo creyente en la Biblia que relata un pasado remoto, sino que caracteriza nuestras sociedades europeas actuales de la misma manera. ¿Qué habitante de las ciudades no tiene antepasados en el campo abandonado? ¿Quién no podría remontar su historia personal a influencias celtas, visigodas, romanas, árabes y tantas otras? Una supuesta pureza de abolengo se debe posiblemente sobre todo a una falta de información, en el peor de los casos a una ficción ideológica con fines políticos.

Nuestras sociedades modernas precisamente se caracterizan por una movilidad que trasciende las fronteras, los límites y el enraizamiento local para construir identidades desde múltiples

referencias globalizadas. Así se articula la mirada desde los sectores privilegiados de nuestras sociedades: el libre movimiento de personas y bienes se presenta como el índice de libertad. Pero cuando se trata de «otros», de «refugiados», de «extranjeros», de personas que huyen de conflictos y pobreza, esta libertad se estrella contra demarcaciones estrechas.

El término «migración» nos remite a lo mejor de nuestra humanidad y sociedad, pero igualmente nos revela abismos insospechados de inhumanidad y perversidad. Muchas veces vivimos experiencias de solidaridad, de acogida y de hospitalidad en momentos de conflictos y de catástrofes, somos generosos y solidarios. Por otro lado, en la actualidad, ninguna de las economías europeas puede funcionar sin el trabajo de los migrantes, frecuentemente con características de explotación, de ilegalidad y hasta de esclavitud. Se ha hecho parte de nuestra cotidianidad y permanece escondido a nuestra percepción, y solo en raros momentos, cuando estalla algún escándalo (por accidentes de tránsito o cierres de fábricas a consecuencia de infecciones durante la pandemia), se revelan estas estructuras más profundas de nuestras sociedades. Por mencionar casos de Alemania (donde vivo): la cosecha del espárrago depende en alto grado de la fuerza laboral subcontratada y superexplotada de migrantes de Rumanía; algunas de las grandes fábricas de productos cárnicos funcionan con trabajadores especialistas de Bulgaria; el famoso barrio rojo del *Reeperbahn* en Hamburgo dependen de mujeres prostitutas de Bielorrusia; cuando se expandió la pandemia, la actuación administrativa consistió simplemente en cerrarlo todo y en mandar a estas personas «a casa», para descubrir poco más tarde los problemas con los espárragos que se pudrían en los campos y los miles de puercos que diariamente perdían su valor comercial porque se había pasado el momento óptimo de ser procesados. Parecidas situaciones se conocen en todos nuestros países.

Parte de la reflexión sobre nuestra experiencia cotidiana y sobre las complejidades de la convivencia siempre puede ser una mirada de fe, para buscar orientación y profundidad en la confusa multiplicidad de los fenómenos. Tal perspectiva creyente sobre el fenómeno de la movilidad humana es exactamente lo que en este libro presenta mi hermano vãnThanh Nguyễn, Misionero del Verbo Divino como yo, de origen vietnamita y ciudadanía estadounidense, profesor de Exégesis del Nuevo Testamento en la Catholic Theological Union (CTU) de Chicago. Vivió en carne propia la suerte de los refugiados que huyeron de Vietnam en los barcos precarios después de la larga guerra que Estados Unidos finalmente perdió en 1975. Llegó a los Estados Unidos y encontró allí nuevas opciones para su vida, como misionero, como biblista y profesor universitario, y, para mí, como otro hermano dentro de nuestra congregación con quien siempre es agradable encontrarse y compartir perspectivas desde la Biblia sobre temas que nos mueven.

En este libro sobre extranjeros, migrantes y refugiados, vãnThanh realiza un ejercicio fundamental y muestra cómo uno puede y debe remitirse a la Biblia: no se trata de exponer citas y datos objetivos, resultado de un trabajo dedicado de especialista, sino que para él —como para cualquiera que lee la Biblia— se trata de establecer una relación entre un contexto actual con una mirada a situaciones similares en diferentes relatos bíblicos. No es una simple yuxtaposición de observaciones en la actualidad con datos bíblicos, sino una dinámica que permite entender mejor el presente desde diferentes enfoques en la Biblia. Los diferentes temas se presentan en los diez capítulos de esta obra. Este contexto actual lo constituyen no solo los grandes títulos como la trata de personas, las guerras, el cambio climático y el nuevo entusiasmo por construir muros contra los otros —una eterna fantasía mortal desde la Gran Muralla china pasando por el Muro de Berlín, el muro en Israel, en el sur de los Estados Unidos y recientemente la alambrada en Polonia—, sino también experiencias de personas

que vãnThanh recoge de sus diferentes encuentros en la pastoral. Se deja cuestionar por las perspectivas que la iluminación bíblica resalta en los contextos de hoy. Es lógico que cada capítulo termine con algunas pistas simples para una reflexión más amplia en la situación actual; vãnThanh no conduce a sus lectores a la parada final de una trayectoria obligada, sino que les invita a seguir su camino de reflexión y de práctica humana y solidaria en su situación concreta. Es ahí donde está en juego actualmente la humanidad y un proyecto social global, como en una concreción sacramental que en el espacio y tiempo mínimo del día de cada uno realiza un proyecto universal, para creyentes en el Reinado de Dios en tierra.

No me cabe duda: el tema de los migrantes, refugiados y extranjeros atañe a muchos actores sociales. Lo tratan políticos, empresarios, abogados, tanto personas e instituciones humanistas como criminales mafiosos inconfesos. El ciudadano ordinario puede pretender contentarse con opiniones parciales y oportunistas, y, en muchos casos, cerrar los ojos y hacerse el desentendido ante lo que está pasando diariamente en el Mediterráneo, en los trayectos de países del Este o delante de los alambradas y muros. Como actores conscientes en nuestras sociedades, los cristianos nos jugamos en la suerte de estos hermanos y hermanas extranjeros, migrantes y refugiados algo todavía más amplio: es aquí donde adquiere su carácter definitivo el sentido de la vida (cristiana), si uno quiere tomar en serio la metáfora de Mt 25,31-46.

Las reflexiones de vãnThanh Nguyễn ayudan y estimulan a una actitud solidaria y misericordiosa –o sea, divina– en nuestros días, que tanto echan en falta esta mirada fraterna y humana. Es una invitación a ofrecer hospitalidad y comprender en su momento que también nosotros somos huéspedes de Dios, que disfruta de banquetes sin límites.

Christian Tauchner, SVD
Instituto de Misionología, Sankt Augustin

Introducción

¿Te has preguntado alguna vez cómo es ser un migrante que vive en un país extranjero o un refugiado que huye de la guerra, la violencia o un desastre natural? Yo sí, porque yo lo soy. Ser inmigrante y refugiado no fue fácil, pero me ha enseñado muchas lecciones. Una de ellas es la importancia de ser solidario con los millones de personas desplazadas en todo el mundo. Aunque mis padres eran originarios de Vietnam del Norte, en realidad nací y me crié en el sur de mi país. Tras la caída de Saigón en 1975, mi familia y yo emigramos a los Estados Unidos de América como refugiados, en busca de libertad religiosa y otros derechos humanos básicos que ya no existían bajo el régimen político comunista. Mi familia sabe muy bien lo que es ser despojado de todos los derechos humanos fundamentales, especialmente de las libertades de expresión y de culto. Vivir en esas condiciones de opresión no era una opción para los cristianos comprometidos. Preferíamos morir juntos en el mar en un barco endeble, buscando «un cielo nuevo y una tierra nueva» (Apocalipsis 21,1) y arriesgándonos con la naturaleza, antes que vivir enfrentados a la muerte por hambre, y privados de fe y esperanza.

La crisis de los migrantes y los refugiados ha estallado con fuerza y se ha convertido en uno de los principales factores que configuran el mundo actual. En las carreteras y caminos de to-

dos los continentes, millones de personas se desplazan constantemente. En las últimas décadas, el número de personas en movimiento ha aumentado exponencialmente. A mediados de 2020, se estima que aproximadamente el 3,4 % de los 7600 millones de la población mundial fueron desplazadas. Eso supone que una de cada treinta personas del planeta vive ahora lejos de su patria. Desde otra perspectiva, si los migrantes y los refugiados se reunieran en un solo lugar, constituirían la quinta nación más grande del planeta, superando en cuarenta y cinco millones a toda la población del país de Brasil. Según la Organización Internacional de las Migraciones (OIM), se prevé que en 2050 podría haber hasta 405 millones de migrantes internacionales en todo el mundo¹.

Debido a las crecientes desigualdades de riqueza causadas por la globalización, los conflictos políticos y étnicos, las catástrofes medioambientales, las pandemias de virus (como la COVID-19), el libre comercio y los medios de transporte viables, cada vez hay más gente que emigra, lo que hace que algunos llamen a nuestra era «la era de la migración».

La migración no es en absoluto un fenómeno nuevo. Desde los albores de la historia de la humanidad, oleadas de personas se han desplazado por diversos motivos, como el comercio, la guerra, la persecución, los desastres naturales, las oportunidades económicas, el asilo e incluso la aventura. Curiosamente, la Biblia contiene muchas historias escritas por, para y sobre extranjeros, migrantes y refugiados. Comienza con los primeros seres humanos desterrados del paraíso y termina con el profeta Juan exiliado en la isla de

¹ International Organization for Migration (IOM), «World Migration Report 2018», disponible en <https://www.iom.int/wmr/worldmigration-report-2018> (consulta: 2-4-2020). Véase también https://migrationdataportal.org/data?i=stock_abs_&t=2019 (consulta: 30-6-2020).

Patmos. Entre estos dos finales de libro, el Génesis y el Apocalipsis, hay historias del pueblo de Dios en constante movimiento. Así, podríamos decir con razón que la Biblia es esencialmente un tapiz tejido con las historias de una gran familia de migrantes. Dado que estos textos sagrados están escritos por, para y sobre migrantes, merece la pena examinar algunas de sus figuras y acontecimientos clave para extraer respuestas adecuadas a uno de los fenómenos más desafiantes de nuestro tiempo: la migración.

Cruzar las fronteras internacionales, o incluso desplazarse dentro de un país, es una de las principales características de nuestra época. Ningún continente, región o país es inmune a este fenómeno mundial. Reconociendo las complejidades y preocupaciones de la situación de millones de personas que aún se encuentran en circunstancias desesperadas, este libro busca desarrollar una respuesta apropiada de cada persona y de la comunidad mundial a este fenómeno. Dado que la Biblia es la Palabra de Dios y la base de nuestra fe y práctica, nos dirigiremos a las Escrituras cristianas en busca de inspiración y orientación. El objetivo es proporcionar una base y un marco bíblico para abordar los problemas de la migración en la actualidad.

Capítulo 1

«La vida es solo una estancia»

Platón dijo una vez: «La vida es solo una estancia». Hay mucha verdad en esta afirmación filosófica. Nací en una familia que estaba en constante movimiento. El arraigo y el desarraigo se produjeron en múltiples ocasiones durante mi infancia. Para algunas personas, esto puede sonar intrigante o incluso idílico. Sin embargo, cuando eres un inmigrante que huye de la guerra o de un desastre natural para sobrevivir, la vida puede ser extremadamente difícil y a menudo es dolorosa. La experiencia más desgarradora para mí fue estar en un barco a la deriva en el mar durante siete días. Estábamos expuestos a los elementos de la naturaleza. La comida era escasa. El agua potable estaba cuidadosamente racionada. Aunque solo era un niño, podía sentir el dolor y el sufrimiento a mi alrededor. Además de tener hambre y sed, me quedé sin hogar y sin patria. Comprendí entonces que mi vida no volvería a ser la misma. Esta nueva realidad me asustó y me causó un profundo dolor, como si me hubiera arrastrado un maremoto.

La vida del inmigrante no es una broma. El inmigrante es vulnerable y depende siempre de la generosidad de los demás y de

los caprichos de la naturaleza. Comprender que la vida no es más que una estancia debería hacernos más comprensivos con los inmigrantes desplazados de su hogar y atrapados en las fronteras.

Los antepasados de Israel como inmigrantes

La Biblia aborda esta cuestión de forma explícita. Los primeros once capítulos del libro del Génesis están llenos de historias de migración forzada y voluntaria. Por orgullo y egoísmo, es decir, por querer ser como Dios, Adán y Eva desobedecieron los mandatos de Dios y, en consecuencia, fueron expulsados del jardín del Edén (Génesis 3,16-24). Apenas tuvieron tiempo de disfrutar de los frutos y el santuario del paraíso proporcionados por Dios. Sin embargo, es interesante que, antes de que los primeros padres fueran desterrados a la tierra para asegurar su propio refugio y cultivar la tierra para alimentarse, Dios mostró un profundo afecto y preocupación por estos primeros moradores cosiendo pieles para vestirlos y protegerlos de los elementos (Génesis 3,21).

El tema de la alienación y el desplazamiento continúa con Caín, que mata a su hermano Abel por celos (Génesis 3,8-16). Como castigo, se convierte en un fugitivo y vagabundo en la tierra. A pesar del horrible acto de crueldad de Caín, Dios sigue cuidando de este criminal vagabundo al ponerle una marca de protección para que nadie lo mate. A medida que los habitantes de la tierra aumentan, la maldad, la violencia y la degradación de la tierra enferman a Dios hasta el punto de arrepentirse de haber creado a la humanidad. Así, Dios purga la tierra y a todos sus habitantes con un enorme diluvio. Noé y su familia, que eran justos ante Dios y habían sido elegidos para continuar la raza humana, se vieron obligados a huir de su tierra a causa de esta tragedia. Como muchas víctimas de desastres naturales, se convirtieron en emigrantes sin destino conocido. Sin embargo, confiando

en la alianza prometida por Dios, Noé navega sobre las olas del miedo y el caos para encontrar un nuevo hogar en una costa lejana (Génesis 6,18). Pero ese no es el final. La Torre de Babel presenta otra historia sobre la migración forzada. En esta historia, toda la humanidad decide desafiar a Dios construyendo una torre que llegue al cielo. Por su pecado de soberbia, Dios confunde la lengua de todos los habitantes y los dispersa por la faz de la tierra (Génesis 11,1-9).

En resumen, los once primeros capítulos del libro del Génesis narran historias de las primeras familias humanas como migrantes y refugiados, que se desplazaban por la tierra en busca de una tierra en la que asentarse y un hogar en el que vivir. Lo arriesgaron todo por una vida mejor. Lo que más llama la atención en estos relatos es que Dios cuida y protege a estos fugitivos, vagabundos o inmigrantes a pesar de sus defectos.

La historia ancestral de Israel comienza realmente con Abrahán y Sara, cuando respondieron a las inciertas promesas de Dios y a su invitación a abandonar su entorno familiar en Mesopotamia (literalmente «entre los dos ríos», el Tigris y el Éufrates) y a trasladarse a la tierra de Canaán (Génesis 12,9). Mientras seguían vagando en busca de una morada, se desató una hambruna en la tierra que les obligó a huir a Egipto y residir allí como «extranjeros» (Génesis 12,10). Tras refugiarse en Egipto, siguieron vagando sin rumbo por el Négueb (una zona semidesértica situada en el sur de la actual Israel-Palestina) hasta Betel y luego hasta Ay (Génesis 13,1-3). Finalmente, Abrahán y su clan levantaron sus tiendas en Mambré, cerca de Hebrón, como lugar principal de residencia, pero solo por un tiempo, porque su viaje no terminó allí. Como nómadas, Abrahán y sus parientes siguieron moviéndose por Canaán en busca de alimentos y pastos para su ganado. Parece que finalmente se establecieron en Berseba (Génesis 21,33), pero es interesante observar que, a la muerte

de Sara, Abrahán tuvo que comprar un lugar de enterramiento para ella y para él en la cueva del campo de Macpelá (Génesis 23,19). Esto es una clara indicación de que, incluso hasta el final de su existencia terrenal, Abrahán y Sara nunca dejaron de ser extranjeros y forasteros en la Tierra Prometida.

Lo mismo ocurre con Isaac y Rebeca, así como con Jacob y sus dos esposas Lía y Raquel. Aunque el domicilio principal de Isaac estaba en Berseba y el de Jacob en Siquén, cada uno de ellos también se desplazaba con sus rebaños y manadas, sin apegarse a ningún lugar en particular. Finalmente, uno de los doce hijos de Jacob, José, fue vendido como esclavo en Egipto debido a la rivalidad entre hermanos. La dramática epopeya del desplazamiento de José y su ascenso al poder en Egipto prepara el terreno para la migración masiva de Israel a la tierra de los faraones, donde se salvan de una terrible hambruna en Palestina y acaban convirtiéndose en residentes permanentes.

Israel recuerda a sus antepasados fundadores con el término *gerim*¹, una designación hebrea que puede traducirse vagamente como «extranjeros residentes», «forasteros», «huéspedes» o (más apropiadamente) «inmigrantes». Abrahán incluso se describió a sí mismo como inmigrante o *ger*, que es una forma singular del sustantivo plural *gerim* (Génesis 23,4). En Éxodo 6,4 se hace referencia a los patriarcas colectivamente como *gerim* cuando Dios declara a Moisés que había prometido darles la tierra en la que habitaban como forasteros. Incluso el salmista se refiere a Abrahán, Isaac y Jacob como *gerim* que vagaban por Canaán antes de que sus descendientes tomaran posesión de la

¹ Timothy A. Lenchak, SVD, «Israel's Ancestors as Gerim: A Lesson of Biblical Hospitality», en vãnThanh Nguyễn y John M. Prior (eds.), *God's People on the Move: Biblical and Global Perspectives on Migration and Mission* (Eugene, OR: Pickwick, 2014), 18-28.

tierra en un momento posterior (Salmo 105,8-13). Y en otros dos casos, el Salmo 39,13 y 1 Crónicas 29,15, los padres de Israel son llamados *gerim*. No es de extrañar que a los israelitas se les ordenara recordar siempre su herencia de estancia cuando entraran en la Tierra Prometida y recogieran los frutos de la tierra. Deben recordarlo, diciendo: «Mi padre era un arameo refugiado que bajó a Egipto con una pequeña familia y vivió allí como un extranjero residente. Pero allí se convirtió en una nación grande, fuerte y numerosa» (Deuteronomio 26,5)*.

De estas historias ancestrales aprendemos que Dios encuentra y llama a personas que no son perfectas y que a menudo están de camino. Con frecuencia, no son los mejores personajes. Algunos ni siquiera son honestos. Jacob, por ejemplo, era un impostor y un intrigante; sin embargo, Dios lo eligió y lo colocó en la línea de la promesa. Aunque estos *inmigrantes* son vulnerables, frágiles e incluso pecadores, no son personas sin nombre ni rostro, sino que han sido creadas a *imagen y semejanza de Dios*. Son seres humanos y deben ser tratados con la dignidad que Dios les ha otorgado. A menudo, quienes muestran bondad hacia estas personas no pasan desapercibidos, sino que son recompensados abundantemente. Por eso, los escritores bíblicos siguen recordando a sus lectores que deben tratar a los extranjeros e inmigrantes que se encuentran entre ellos con respeto y dignidad (Éxodo 22,20; 23,9; Levítico 19,33-34; Deuteronomio 5,15; 10,19), ya que descuidar las necesidades de estos inmigrantes vulnerables hace que uno se exponga al castigo (Deuteronomio 24,14-15).

* *N. del T.* Seguimos en general la traducción de la Biblia Traducción Interconfesional (BTI), salvo en aquellos casos, como este, en el que el autor quiere resaltar algunos términos no incluidos o traducidos de forma diferente en ella. El autor sigue la New American Bible Revised Edition (NABRE). La BTI traduce en este caso así: «Un arameo errante era mi padre. Bajó a Egipto y allí vivió como emigrante con un puñado de personas convirtiéndose en una nación grande, fuerte y numerosa».

La migración: un fenómeno global

Se dice que la migración es tan antigua como la historia. Si bien es cierto que la migración no es un fenómeno nuevo, sí es una de las principales crisis de nuestra época. Cada día, millones de personas se desplazan sin cesar. Algunos viajan por motivos de turismo. Otros lo hacen por negocios. Muchos, sin embargo, emigran por razones políticas, económicas y ecológicas.

La migración puede definirse como un proceso de desplazamiento, ya sea a través de una frontera internacional o dentro de una nación. Se trata de una población en movimiento, que abarca cualquier tipo de desplazamiento de personas, sea cual sea su duración, composición y causas; incluye la migración de refugiados, de personas desplazadas, de personas desarraigadas y de migrantes económicos. La migración es un fenómeno global que está creciendo en alcance y complejidad, afectando a la mayoría de los países, familias, comunidades y casi todos los aspectos de la vida moderna. Un migrante internacional se define como «una persona que deja su país de origen, o el país de residencia habitual, para establecerse de forma permanente o temporal en otro país»². Por lo tanto, un migrante internacional cambia su lugar de residencia habitual y cruza una frontera internacional.

A mediados de 2020, mientras se escribía este libro, había unos 272 millones de migrantes internacionales en el mundo. Dado que el número de migrantes internacionales está creciendo más rápido que la población total, su proporción en la población mundial ha ido aumentando. Actualmente, los migrantes internacionales representan el 3,5 % de la población mundial de 7500 millones de personas, frente al 2,8 % del año 2000. Algo más de

² https://www.un.org/en/development/desa/population/migration/publications/others/docs/toolkit_DESA_June%202012.pdf (consulta: 10-5-2020).

la mitad de los migrantes internacionales residen en Europa y América del Norte. En 2019, Europa acogió el mayor número de migrantes internacionales (82,3 millones), seguida de América del Norte (58,6 millones) y el norte de África y Asia occidental (48,6 millones)³.

Para hacer estas cifras un poco más personales, veamos una historia real. Melissa tenía cinco años cuando ella y su familia abandonaron Cartagena (Colombia). En las décadas de 1980 y 1990, Colombia atravesaba una gran guerra civil, por lo que la vida allí era muy dura. Su familia decidió emigrar a Estados Unidos en busca de una vida mejor y de buena educación. A través de un largo y costoso proceso, consiguieron llegar a Estados Unidos y se instalaron en Florida. La experiencia de vivir en un nuevo país fue aterradora y confusa para Melissa. Recuerda que los primeros días en el centro de educación infantil se sintió intimidada y acosada por los otros niños porque no sabía hablar inglés. Con determinación y trabajo duro, Melissa consiguió superar muchos obstáculos para triunfar en la vida. Después del instituto, entró en la universidad y se especializó en comunicación. Su camino no fue fácil, ya que tuvo que enfrentarse a situaciones económicas difíciles y hacer muchos sacrificios para obtener un título universitario. Al ser bilingüe, y dominar el español y el inglés, Melissa terminó en Washington, D.C., y trabajó como gerente de comunicación para los Washington Nationals, un equipo de béisbol de la liga nacional⁴. La historia de éxito de Melissa no es extraña. Hay innumerables historias de éxito de inmigrantes que han contribuido enormemente a sus países de acogida. Así que la migración no tiene por qué acabar en desastre.

³ https://www.un.org/en/development/desa/population/migration/publications/populationfacts/docs/MigrationStock2019_Pop-Facts_2019-04.pdf (consulta: 19-5-2020).

⁴ <https://madeintoamerica.org/child-immigrant-from-columbiabecomes-pr-pro/>.

La hospitalidad con los extranjeros: una obligación moral

La hospitalidad con los extranjeros y los forasteros es una virtud muy apreciada en la Biblia, y la recompensa para los que la practican suele ser grande. Por ofrecer una sencilla hospitalidad a los tres forasteros a horas intempestivas, Abrahán fue recompensado con una revelación especial: la noticia del nacimiento del hijo prometido, Isaac (Génesis 18,1-10). En tiempos de hambruna, la viuda de Sarepta acogió a un forastero hambriento que resultó ser el profeta Elías. Por su acto de bondad, fue recompensada con un suministro ilimitado de harina y aceite (1 Reyes 17,1-16). El tercer ejemplo proviene del libro de la Ley, donde se recuerda a Israel su «extranjería» y que sus bendiciones dependen de cómo trate al extranjero en la tierra: «No te aproveches del inmigrante: vosotros también fuisteis inmigrantes en Egipto y sabéis lo que es vivir en un país extraño» (Éxodo 23,9). La hospitalidad con el extranjero era tan importante que fue dictada por la ley e incorporada al código legal de Israel (Deuteronomio 10,19; Levítico 24,22). En el Nuevo Testamento, Jesús es representado sistemáticamente como forastero, huésped, anfitrión e incluso como alimento. Estas representaciones de Jesús destacan la virtud de la hospitalidad. Jesús enseña que cuando alguien da de comer al hambriento, da de beber al sediento, viste al desnudo, cuida al enfermo y visita al preso –en otras palabras, acoge al extranjero– lo hace por Cristo mismo (Mateo 25,31-46). La carta a los Hebreos afirma: «No echéis en olvido la hospitalidad pues, gracias a ella, personas hubo que, sin saberlo, alojaron ángeles en su casa» (13,2). En otra carta, Pedro exhorta a sus compañeros cristianos diciendo: «Practicad de buen grado la hospitalidad mutua» (1 Pedro 4,9). En consecuencia, la hospitalidad con el extranjero es uno de los principales retos pastorales de la migración en la actualidad. La solidaridad y la acogida de los inmigrantes entre nosotros es una obligación moral cristiana.

La hospitalidad con el extranjero era una virtud muy apreciada en todo el mundo en la Antigüedad y por muchas religiones. Para los antiguos griegos, el trato hospitalario a los extranjeros era una marca de civismo y piedad. En la mitología griega, lo divino adoptaba con frecuencia la apariencia de un extraño. En la *Odisea*, por ejemplo, Atenea, que es la diosa de la victoria y la sabiduría, aparece con varios disfraces para ayudar a Odiseo: como una joven doncella que lleva un cántaro, como un hombre corriente y como una hermosa mujer habilidosa. Para los romanos, la hospitalidad estaba sancionada por la divinidad, ya que recibir a un extranjero era obedecer a la voluntad divina y, por tanto, a la ley divina (técnicamente, *ius Dei*). Algunos romanos consideraban que la hospitalidad con un invitado era incluso más elevada que recibir a un amigo, ya que recibir a los amigos es algo natural, pero recibir a un invitado requiere más motivación y altruismo.

Para los asiáticos, la hospitalidad con los extraños se considera una importante virtud religiosa. En la tradición budista, por ejemplo, la enseñanza del *dana* (generosidad, hospitalidad) es una virtud básica que todo budista debe practicar desde las primeras etapas de la vida espiritual⁵. Sin *dana*, la iluminación, que es un estado de conocimiento y felicidad perfecto, nunca puede alcanzarse. Según el taoísmo, que es una filosofía mística china fundada por Lao-Tse en el siglo VI a.C., para obtener una larga vida y buena fortuna hay que mostrar compasión y practicar la hospitalidad con los extranjeros.

También en el islam, el profeta Mahoma enseña la importancia de la hospitalidad con el extranjero. El Corán afirma: «Sed buenos con vuestros padres, parientes, huérfanos y necesitados, vecinos –parientes y no parientes–, el compañero de viaje, el viajero y vuestros esclavos» (Corán 4,36; trad. de Julio Cortés, *El Corán*, Barcelona: Herder, ⁸2002).

⁵ <http://ratnaghosa.fwbo.net/danatwo.html> (consulta: 19-5-2020).

Así pues, las grandes tradiciones religiosas del mundo han afirmado durante mucho tiempo la conexión entre la religión y la hospitalidad con los extranjeros. La tradición judeocristiana destaca especialmente este motivo, no solo como una responsabilidad moral sino como una práctica espiritual, una forma de vida o un *habitus*. Dado que la hospitalidad es el amor en acción, es la respuesta más adecuada al problema de la inmigración y la migración en la actualidad.

Hay muchas maneras de practicar la hospitalidad. Podemos empezar por ser generosos y practicar la caridad con nuestros amigos y vecinos. Pero no podemos ni debemos terminar ahí. La práctica religiosa de la hospitalidad debe ir más allá de la familia, los conocidos e incluso los conciudadanos. La auténtica hospitalidad se extiende a los que aún no conocemos, en particular a los inmigrantes que se encuentran entre nosotros y en nuestras fronteras. Si nos acercamos a estos seres vulnerables, no solo podremos acoger a los ángeles, sino también encontrarnos con Dios cara a cara.

Para reflexionar:

- ¿Cuál crees que es el significado de que Israel recuerde a sus antepasados fundadores como extranjeros residentes, forasteros, residentes o (más apropiadamente) inmigrantes?
- La hospitalidad con los extranjeros era una virtud muy apreciada en todo el mundo de la Biblia y por muchas religiones del mundo. ¿Por qué crees que esto es así?
- ¿Cuál es la responsabilidad de un creyente y de una comunidad de fe para abordar la crisis de la migración global?